

encantadoras, como si fueran de un niño a quien quisiera mucho.

Los cinco personajes del quinteto clásico se distinguen perfectamente en esa fabulilla: el tenor, la soprano, el barítono, etc., etc. Se escuchan en ella dúos de amor, concertantes polifonos, cantos guerreros o crepusculares, coros de soldados y de salvajes, y todo lo demás; todo eso se oye bien, y se adereza a maravilla, me parece. Pero nada que no sea muy vulgar podríamos hacer con tales embelecocos.

Fué entonces cuando se me aparecieron, reclamando su puesto en el cuadro escénico, los otros personajes del poema, los hijos de la interna melodía que precede a la idea concreta, los verdaderos cantantes, la voz del río y de la llanura que dice France, el ideal que los artistas no tuvieron, pero que debemos atribuirles, si hemos de comprenderlos como es debido. Esos personajes figuran en el poema, y deben encontrarse en el libreto.

Estarán en la ópera, se me dice; sonarán todos ellos. Para eso está la orquesta con sus riquezas de instrumentación, cuerda, metal, madera y hasta ruidos, si se quiere.

Hé aquí, pues, el problema; yo creo que no, que no ha de ser en la orquesta, sino en la escena, donde esos personajes, el árbol, el grillo, el camalote, el lirio, la hoja seca, deben hablar. Yo creo, si en esto se puede tener una creencia, que la música es, ante todo y quizás exclusivamente, el acento de la palabra.

Bien recuerdo, *nel pensier rinova la paura*, como dice Dante, las influencias que obraban en mi espíritu cuando escribía mi agradecido poema. Nada me ha causado mayor alegría que el verlas descubiertas por la crítica magnánima; es una satisfacción parecida a la que uno experimenta, cuando oye decir que se parece a su padre. Es grato, dígame lo que se quiera, ser hijo de algo, de padre conocido, de vieja y notoria estirpe. Maurice Barrés, a quien debe *Tabaré* el mayor elogio recibido, vió en él la estirpe de Dante: *l'allure du Dante*, dice; Juan Valera fué quien advirtió muy bien la influencia del barón Munch-Bellinghansen, el poeta austriaco que escribía con el pseudónimo de Federico Halm; otros han creído descubrir otras varias genealogías. Y para que mi pequeña obra no carezca de lo que tienen las grandes, no le ha faltado un crítico denigrante, compatriota del autor, por supuesto, que se ha dado un trabajo penoso, digno del de Avellaneda, el matador literario del manco Cervantes, para demostrar que todas esas influencias no son otra cosa que plagios de tomo y lomo.

Dice Plutarco: «Se debe ir a buscar la luz al hogar ajeno; pero no demo-

rarse mucho en él, sino encender lo más pronto la propia antorcha».

Todo es cuestión de averiguar si yo me he demorado o no, más de lo regular, en casa ajena.

No son difíciles de percibir, por cierto, las luces que me alumbraban al escribir mi *Tabaré*; las de Dante se distinguen claras, como un día de sol; las de Shakespeare parecen escritas con tinta roja o azul; bien fáciles de tocar con la mano son las influencias de Homero y Esquilo, que yo deletreaba con pasión en malas traducciones; nada digamos de las de los clásicos castellanos, las de Cervantes, sobre todo, que yo me sabía de memoria. ¿Y quién, que tenga ojos, deja de ver como las vió Valera, no sólo las de mi Gustavo Becquer, genio amable y querido, despertador de mi adolescencia poética, sino también las de Goethe, Schiller y Ossian, que hacían

resonar mi recién nacido corazón, como un escudo, con los golpes de sus verbos inauditos? ¡Vaya usted a saber las flores de que la abeja forma, en su laboratorio, la miel de su vida!

De esas voces que me llamaron, hay una, la de Dante, que es la que ahora me viene a cuento. Me encuentro con un canto de *Tabaré*, el primero del último libro, que está sugerido, todo él, por algunos tercetos de la *Divina Comedia*, por aquellos del canto XIII del *Infierno*, en que el altísimo poeta se encuentra con los condenados por suicidios; están éstos allí, convertidos en árboles de ramas y troncos epilépticos, en los que se posan las repugnantes arañas. El poeta, a indicación de Virgilio, rompe una rama del que cree árbol insensible, y sale sangre, y el árbol grita: «¿Por qué me lastimas? ¿No tienes entonces instinto alguno de piedad?»

Y, con esa impresión despertadora, volvamos al libreto de *Tabaré*. Véase si hay en él, que sí debe haberlos, algunos de esos árboles dantescos, almas arraigadas en mi tierra, que sangran, que gritan, que se quejan, que increpan al que pasa. Si los hubiera, esos seres atormentados, magníficos barítonos, tenores agudos, bajos profundísimos, deben verse, no sólo oírse, en la escena; debe verseles hablar con *Tabaré*, como deben verse bien los lagartos y los ñacurutús o lechuzas enormes, con cuernos de plumas y ojos amarillos y humano espíritu; y los grillos y colinas; y las cosas acurrucadas detrás de los troncos, que espían al indio y siguen tras él, después que ha pasado de largo; y las hojas caminantes, secas o verdes, secas sobre todo, que lo miran y lo increpan; y las sombras poliformes, llenas de luz de luna, que se ven con tanta precisión, como pueden verse los ojos de la cabeza que forma el sauce llorón que se mira en el arroyo. Hay también remeros extraños que tripulan el *camalote* arrastrado por la corriente, y fuegos fatuos, intencionados como mariposas; y otras muchas criaturas musicales que sería largo de contar.

Todos esos personajes lo son del drama; lo son tanto o más que don Gonzalo y que Blanca, y tanto como el mismo *Tabaré*, su interlocutor; deben verse, pues, no solo oírse, si se quiere transformar todo el poema en comedia divina. Si bien se observa, el arte, en todas sus manifestaciones, no es otra cosa que una condensación, una personificación mejor dicho. Atribuye a las cosas, al universo, los atributos de las personas. No puede menos de ser así, desde que el arte es expresión. El hombre mismo, la mujer, traslados de la naturaleza al arte, son una cosa expresiva, una forma de expresión;

## A Carmen Lira

Con motivo de la publicación de *Los cuentos de mi tía Panchita*.

### I

*Hay cosas que pasan;  
que pasan del todo  
para volver a ser!*

*El paisaje incoloro  
en el atardecer!*

*El sol, y es otro sol,  
y mi alma y ya soy otro!*

*¡Y es la tarde primera  
de mi alma y de mi sol!*

*En vano la hilandera  
memoria, con empeño  
tiende la áurea tela  
de un pasado de ensueño  
en que mi alma vivió!*

*¡Es la tarde primera  
de mi alma, y de mi sol!  
¡Gracias a Tí, Señor!*

### II

*... ¡Es el cuento infantil  
de aquellos años jay!  
¡El mágico redil  
donde estuvimos jay!*

*Lo cuenta otra viejita;  
—¡rama de mirto en flor!—...  
Otra es Caperucita  
Roja; como una flor  
simbólica, nacida  
para aromar la vida!*

*Lo cuenta otra viejita  
¡rama de mirto en flor!  
Su ancianidad marchita  
brilla con un fulgor  
de Hada! Ella es el cuento!  
¡Ella es mágico cuento!*

### III

*¡Y es la noche estrellada  
ante mi alma extasiada!  
¡Y mis ojos abiertos en un lírico afán  
de fulgores inciertos!  
Mis ojos primitivos  
de mi asombro cautivos,  
ventanas al misterio, por los que vé mi Adán!*

CARLOS LUIS SÁENZ